

poesía

En la cadencia de los pies

Jesús Bartolo



FLECHA ROJA EDICIONES

En la cadencia de los pies

Jesús Bartolo

Si sucede que yo hablo **en** este preciso instante, es sólo porque espero encontrar el modo de avanzar, de correr en línea paralela a cuanto avanza, y comenzar de este modo a encontrar el modo de ir llenando el silencio sin romperlo.

PAUL AUSTER

Se comienza por una sonrisa,
luego por un gesto indefinible.
Se sigue de largo, sin pausas
caminando en pautas por la acera.
En el recorrido se piensa en alacranes,
en posibilidades de alebrijes,
mientras el aguijón nos penetra
con su claridad hasta anochturnarnos,
hacernos crecer un bosque,
un dibujo en la ingle,
y poner el sonido de un tren en el pelo.

En el trayecto el agua nos guarece
de cualquier interruptor que pueda apagarnos
o dar una señal de quedad,
un relincho de muerte o de vestigio.
La credulidad va con uno en línea recta;
derecha o izquierda del desengaño, hay en la ruta.

El atrás cada vez que salta hacia delante
se desvanece, el brinco no le es suficiente
para convertirse en bola de nieve.

Nuestra sombra se adelanta a toda ternura del paso,
a cada golpe de tacón se escucha un doblez del pasado.

La simetría indulgente nos acosa,
traduce el miedo al signo de la mueca,
nos retrata pues, con una indigestión de barco,
de murciélagos caídos sobre su barriga
sin poder con su peso, ni la dureza del paisaje.

El rumbo nunca termina por más aprisa que se vaya,
por más cosas que saquemos de la chistera,
por más palabras que soltemos despiertas,
la dirección es seguir,
inventar nuevas maneras de caminar.

Más vale no desandar el ámbar de lo recorrido;
recoger o tirar máscaras poco importará
si la zancada deja de ser un disfraz,
nuestra indefensión mostrará su carcajada
y no habrá alteridad donde refugiarse,
goznes donde encapsular la ira o el odio,
protuberancias de consuelo para recostar la cabeza.

El itinerario puede cubrirse con un sólo tranco,
con un movimiento supino de la mano,
pero es mejor un parpadeo —más bien el instante—

en que los párpados cubren al ojo
el destino se resguarda de la mojigatería,
del rebuzno lúdico del atrás cuando salta
con el diente dispuesto.

Ir en el ritmo, en la cadencia de los pies
por la planicie del asfalto pensando en el adónde,
en el lugar, es comenzar la marcha.

La capicúa para enmendarse jamás se rumiará,
lo cerca revelará su horizonte.

Lo lejos dará diez vueltas sobre sí
y encontrará el lugar perfecto para echarse.

No podremos negar que en todo esto hay un deleite,
un pez de agua dulce en celo,
un poco de sudor y de prestancia,
tal vez una forma de disimulo y un mulo
cuesta arriba con la carga de nuestros daños,
y años en minúsculos trajes de chaquira.

Me detengo para proponer un ademán
como quien se plantea encontrar al futuro,
aunque muchos digan que ese animal no existe,
buscaré el consuelo de su invento.

Qué más puede uno ofrecer, sino la oreada vida,
el pulso y el latido no alcanzan la condición de cebo,
arrojaré (pues) de carnada cada una de las partes de mi cuerpo.

Si el Parkinson de mis pasos me lleva al extravío,
el intento de llegar no habrá sido en vano.
Las ganas de ir redoblaré,
aunque la sonrisa del primer verso se esté pudriendo
y la distancia del punto móvil que soy, que eres, que *semos*,
al sitio que podemos ser, llegaré.

Vengo de venir viniendo y acaso el polvo no se note en mis zapatos.
Y nadie advierta en mis ojos la úlcera del cansancio.
Tal vez alguien perciba que respiro como una locomotora
cargada de esputos de mi presencia.
Tal vez sólo pase desapercibido porque la fluidez de la memoria
ha desplegado sus velas y los demás sólo se preocupan
por andar el camino en la búsqueda de sus pasos.

Los kilómetros que faltan, los días por llegar,
ocuparán mi afán sólo en la medida en que avance.
Metro a metro pisaré la distancia y me contaré una fábula
aunque no me sepa ninguna.
Centímetro a centímetro, micra a micra,

mi pie palpará el suelo y mi rictus comenzará a definirse.
Mi sonrisa emprenderá una carcajada
hasta encontrar su geometría y en cada uno de sus lados,
por azar o destino, las vísceras de la alegría.

Cada paso que de, aun sin ser necesario andar,
lo daré sin remordimiento, acaso, con un poco de miedo,
pero sin rutina o complejidad premeditada;
mi tranco en su evolución será simple,
su abertura imparcial, flexible en el cambio de dirección.
Habrá quien diga: “¡qué bonito paso!”,
en su mecánica: premonición y sorpresa se observan.

Lo atrás en mi zancada
sólo será un canturreo lejano
sin peso para mostrarme hacia dónde voy.
Un fósil que me dice de dónde vengo.
Sostendré la marcha para ir en la misma cadencia
del instante, del aquí y ahora.

Nada de ortopédias si el corazón se lesioná;
si pierdo un pie, la vida puede resolverse a saltos,
puede también seguirse a ciegas;
tunco o enamorado da lo mismo,

caminar para hacer rumbo es lo que importa.

Sencillamente caminar sin ocuparse de la huella,
del rastro donde alguien más beba sangre y tiempo,
de epígonos que busquen alteridad en el vestigio.

Ir sin afán de perdurar,
llevar en el paso júbilo,
destreza, chiquilleces que permitan el gozo,
el alumbramiento, un seguir asalmonado,
ruta arriba, siempre, al encuentro de Ítaca.

Ser el trayecto, lo pluvial del mismo.

Llover a cada pisada,
andarse monzón tramo a tramo,
trecho a trecho llovezna,
gota a gota distancia.

Anfibio, terrestre o alluviado transitar.

Carcomerse de agua, encharcarse de vez en cuando.
Adelgazar como chorrito y filtrarse en lo más mineral de uno.
Descubrir que por dentro, somos lagunas, esteros,
deltas, ojos de agua, pantanos.

Dando el primer paso lo demás es seguir.

En la flexión de la rodilla está el impulso,
el pulso acelerado, todo el cuerpo dispuesto
a partir, alma en ristre, presente a mano,
sin cartas bajo la manga, sólo el peón
dos escaques más adelante, en la torrencialidad
de sus branquias, de su *aguacero*.

Nada de prótesis si de pronto el camino fue todo,
si el almaje se cimbra ante la tormenta,
hay que dar el salto, el vacío es otra vía,
y el caer una calle larga y lluviosa.

Nada de aparatos que remplacen el golpe de la gota.
La sonoridad del latido, la armonía del dolor.
Ninguna excusa que nos picoteé.
Para aplazar el brinco, sólo hay que lanzarse.

Una palabra, sólo una, que contenga un fragmento verdadero,
una verdad sin motivo aparente, exacta en sus ángulos;
que suene, sin ser musical, con ritmo, que no aburra,
ni lleve entre sus ojos el desespero, la angustia.

Sólo una pido, larga como un bulevard,
más bien, sencilla, sin complicaciones al pronunciarla,
aguerrida, seca en el golpe, con doble fondo,
acuática y aérea, con un cuerpo de ficción al encenderla,
con una moraleja aluciernagada.

Que en ella lo clásico y moderno rumbeen.

Que en su estructura pasten elefantes y jueguen niños.

Que eso del olvido no enferme sus vocales,
ni el acento sea el comienzo de un tumor maligno.

Una palabra gutural, en esencia grave,
linda de color, curiosa como un llavero,
bien nutrida, como ángel perverso y agorero.

Una, sólo una palabra que me sostenga;
que me devaste desde la primera sílaba
sin que en ella existan contemplaciones;
que el fino cíuter de sus diptongos corte,
no sólo la piel, sino el espíritu;

que haga una cicatriz limpia y hermosa,
que quien la mire, diga: “¡qué palabra!”

Una palabra con la moldura de adjetivo,
con visos de señuelo, con sabor a verbo;
estética como un okapi, liviana o pesada
según el estado de los sentimientos.

Que las consonantes resistan
si uno decide colgarse del cuello
o amarrar un columpio.

Una, sólo una,
donde uno quepa con todos sus defectos y afectos.

Una, no pido más,
más irónica que epitafio.

Una sola, sólo una,
ermitaña y bicéfala en el mediodía.

En el véspero, carnívora y tierna.
Iracunda como un cocodrilo tempranero.

Una, cuyo linaje huele a siemprevivas,
o a circo —digo— a lluvia, a saltimbanqui.

Una que estorbe.

Que hunda.

Que ahogue.

La otra mitad perdida que soy: sea la palabra.

De pie, con la vista puesta en un silogismo, le miro.
En su corazón un zurdo presentimiento la arremete.
Una distancia le penetra el rostro y un sinsabor
se aglutina en la ligera obertura de sus labios.
En sus labios la memoria deja la semilla
a la humedad del recuerdo para que broten:
las facciones de otros días, los colores de otros pájaros,
el agolpamiento de la sangre en las mejillas,
un cocodrilo obeso y un juguete sin pies y sin manos.
La sonrisa en sus labios espera una migración,
que ruede un triciclo, el vuelo de una pelota,
la caída de la misma y su pinchadura.
Miro la textura de sus labios y pienso
en la fruta del mercado, en un obelisco de mármol,
en un jardín verde y en una Catarina descubriendo tallos.
La forma de sus labios me remite:
a un parque acogedor, arbolado y con columpios,
donde uno tiene una banca preferida
y un saludo de buenas tardes.
En su carmín, de seguro se oculta la tipografía de una letra,
un suceso en el que: un rechinido de llantas precede
al silencio y éste al revoloteo de palomas.

Asumo que sus dientes tienen una música en la mordedura
y una simetría en el deseo al plasmarse sobre la piel.

Creo, en su mirada caben: los juegos que una vez nos hicieron felices,
una morsa acribillada, un paseo por la calle,
la llovizna de este día y el viento empapándonos.

Sus manos al decir adiós cantan.

En sus dedos: paisajes inéditos, días indóciles,
caricias ojeras, furias renovadas, habitan.

Sus uñas viven en el aruño la memoria de una espalda,
escarban por placer y desasosiego en la duda,
en el polvo urbano pretenden encontrar futuro,
raíces en los mensajes sin mensaje,
esquizofrenia en lo blanco del ruido.

Observo su cuello y pienso en magnolias,
en piedras de río, en lo que hay debajo de las piedras.

Me sé náufrago ante el panorama de su circularidad.
Errante me detengo en su largura,
en la insinuación de sus venas dejo mi mirada
para que de ella brote la sangre y se haga destino.

Lítica la postura de sus hombros,

su caída natural esboza el recuerdo de un aeroplano
que navega el aire sin ningún precepto de preocupación.
En ellos la simetría, catálogo de imaginaciones,
toma rumbo, horizonte para intentar llegar,
sueño para dejarse ir,
agua y sed por permanecer en la mirada.

De sus senos: altos árboles de un bosque,
veredas de perderse, clima para estar contemplando la lluvia
y mojarse en ella, diré.

Confino mi alma al oráculo de su cintura.
Correré por ella como quien corre por la arena
de una playa apartada, satisfecha de caracolas,
con marejadas tibias y suaves.
Invernará en su ombligo
hasta fortalecer mi angustia de hablar sobre sus caderas,
donde una ciudad interminable se yergue.
¿Por qué digo ciudad?

Porque un orbe nos guarda sorpresas en cada esquina
y las posibilidades de conocerla son infinitas,
apenas muere un parque, surge otro,
las calles cambian, se alargan, les nace un camellón,
les crece el nombre o nos llevan a nuevos barrios,

a destinos a los que nunca quisimos llegar.

Porque una ciudad nos hace volver a los lugares preferidos,
a rememorar los pasos, a inventarle edificios,
a imaginar cómo vivirla sin que nos pese ni nos absorba.

De perfil —hijo— las mujeres son más bellas.

Cuánta razón tenía el viejo.

Es éste, el perfil que me entusiasma,
en el que sus nalgas, hermosos peces de quietud,
se saben a salvo de su predador.

Es éste, el perfil en que uno sube una colina
sin temor del cansancio o de una caída.

Es ésta, la silueta en la que uno enterraría sus huesos,
su orfandad, los pensamientos más terribles,
y lo más humano que nos queda.

En sus muslos la ternura: larga como un juego
de saltar la cuerda, como una adivinanza nueva,
como un dibujo al que se le ha pintado la primera raya,
baja hasta su rodilla donde una travesura de avión cicatriza.

En su pantorrilla se admira una dureza
de indagar caminos, donde la pluvialidad de los días
y los kilómetros andados hablan: una lengua incomprensible

pero bella, rítmica, donde el solo sonido basta
para quedarse musicalizado en la humedad de tierra nueva.
De tu pie puedo imaginar, como cuando niño
imaginaba, las historias del abuelo, que son
como esos caballitos de madera que nunca tuve,
o como los dulces de aparador, que uno mira y desea.